

**CARLOS PAREJA PAZ-SOLDÁN**

**ENSAYO EN TORNO A UN JOVEN  
INTELECTUAL HISPANISTA FRENTE A LA  
CORRIENTE INDIGENISTA\***

**Jorge Andújar**

***1. EL INTELLECTUAL***

De contextura delgada, más bien menuda, con una mirada profundamente inquisidora, escondida detrás de gruesos lentes que ocultaban su miopía congénita; de vigor físico escaso, salud quebrantada desde pequeño por un mal latente en los riñones; de poderosa inteligencia, espíritu vivaz e inquieto; así lo recuerdan sus maestros y discípulos a Carlos Pareja Paz-Soldán (1914 - 1943), joven y destacado intelectual de la generación de 1930.

Vino al mundo el año 1914, en plena efervescencia social que Jorge Basadre describe como la primera crisis de la República Aristocrática. Dejó de existir a sus escasos veintinueve (29) años de edad. Una vida breve para el amplio camino y tarea que se había trazado, cuyos retazos apenas comenzaba a mostrar en sesudos ensayos sobre la identidad nacional, en sus cuentos y novelas cortas, algunos poemas, un diario de viajes y una serie de artículos periodísticos de crítica literaria y temas afines.

Su aparente fragilidad corpórea contrastaba vivamente con la ardida pasión y radical empuje impregnados en sus escritos y en su vida. Sentía el hálito de la muerte y el vigor desplegado pretendía acaso alargar su fatal destino. Compuso, tal vez por ello, el poema "Elegía a la distancia"<sup>1</sup> - citando a la muerte como algo natural, inevitable, irresistible— y uno de sus más interesantes estudios literarios lo dedicó, precisamente, a la hermosa composición castellana "Coplas a la muerte de mi padre", que con profunda devoción filial y calidad escribiera en el siglo XV Jorge Manrique a la partida definitiva de su progenitor, don Rodrigo de Manrique, conde de Paredes, penúltimo maestro de la Orden de los Caballeros de Santiago<sup>2</sup>.

Su faceta más preclara, sin embargo, no se halla en el verso, ni en la poesía, ni en sus bien labrados cuentos que revelan prontamente su exquisito espíritu y

formación humanista, sino fundamentalmente en la vigorosa prosa expresada en sus ensayos y artículos sobre la identidad nacional, cuyos conceptos defendió con la seguridad, impaciencia y ardor de quien sábase poseedor de la espada del apóstol Santiago.

Por su linaje, sentía el llamado silente de la sangre de los Paz Soldanes famosos que descollaron en todos los campos del saber humano. Revisó viejos folios en la vastísima biblioteca de Mariano Felipe, su abuelo, el sabio historiador de la República, quien albergaba el mejor archivo peruano del siglo XIX. Alternó con don Gregorio, insigne diplomático y jurista; con Mateo, cuya figura reposada y señera se levanta en bronce en el parque Neptuno de Lima, todo ello a través de sus obras escritas y de su ejemplo intelectual. Y por supuesto frecuentó a don Pedro, conocido como “Juan de Arona”, autor del *Diccionario de peruanismos*, también mediante el milagro de la lectura voraz e inquieta a la que siempre se abocó con rigor de fuego.

Ante la presencia de aquellos destacados espíritus familiares, desplegó su innata capacidad y por el justo mérito de su propia inteligencia y pundonor colocóse, limpiamente, al lado de sus ilustres antepasados en el panteón reservado a los mejores hombres de la patria.

Su tremenda inquietud intelectual impúlsale a hurgar y escrutar todo al alcance de su potente mirada inquisidora. Así su fino espíritu cristiano se estremece ante la imagen de Cristo, los mármoles del Louvre, los personajes de Salgari, las figuras inmarcesibles de San Martín y Miguel Grau, Jorge Chávez, y por supuesto, la épica tradición gloriosa de España y de José Ortega y Gasset, quien fue su lectura predilecta y su maestro indiscutible<sup>3</sup>.

Encontró, por ello, su hábitat natural en sus viajes por la vieja Europa, vasto continente plétórico de civilización. A pesar de su alicaída configuración física, escudriñó cada pintura, cada óleo, cada rescoldo de cultura en museos y ciudades de España, Francia e Italia, las tres hermanas latinas según juicio de Madariaga, infinitas de conocimiento al joven hambriento de cultura y novedad. Fruto de esta alma inquieta escribió su “Diario por Europa”, inédito aún pues no llegó a imprimirse el tomo II de su denominada *Obra completa* en el cual, según explican los editores en su presentación, se pensaba insertar.

Una anécdota, relatada por Raúl Porras Barrenechea, pinta de cuerpo entero a Carlos Pareja: encontrándose por calles y plazas de la vieja Alemania en época de beligerancia mundial, tratando de conocer y obtener por su aguda mirada la flor de

una civilización de milenios, lo tomaron, obviamente, por un espía extranjero. Llevado al cuartel de la Gestapo e interrogado descarnadamente por el país de su preferencia, Pareja de manera impetuosa, pálido y nervioso, sin reparar en las consecuencias, se sobrepasa e irguiéndose como un rayo exclama rotundamente: “¡Francia!”. Así era Pareja: de curiosidad infinita; impetuoso, sincero, rotundo.

Joven y destacado profesor universitario en la cátedra de Literatura Universal, vuelca su agudeza y conocimiento de las letras castellanas en la crítica y análisis de la obra de José María Pemán, Jorge Manrique, Valle Inclán y sólo de manera referencial en la de nuestro César Vallejo. En este camino como crítico literario, tronchada por la muerte inopinada, vertiente paralela e igualmente fructífera a sus ensayos sobre la realidad nacional, Víctor Andrés Belaunde cree ver la mayor pérdida para el país<sup>4</sup>.

No gustaba del lujo y confort de la vida acomodada, ni sentíase bien dentro de los estrechos cánones de la menuda política criolla, que consideraba pasajera y fútil. Ajeno por completo al hedonismo material y a la vida muelle que proporciona el dinero, paseaba su noble indiferencia por los grandes hoteles de Europa por donde anduvo. En el famoso Ritz —cuentan algunos amigos— ingresaba con los zapatos rotos. No tenía ojos para esos detalles. Su atención permanecía en las altas cumbres de la cultura y el saber humano. Era en ese sentido un intelectual clásico, puro, romántico.

Su acendrada formación moral y espiritual hacía de él un ser abierto y tolerante en el juego caballeresco de los lances de ideas y conceptos. Conservaba sincera amistad con personas de pensamiento abiertamente antagónico al suyo. A él podemos aplicarle lo que escribió al referirse a Jorge Guillermo Leguía, otro joven inteligente y carismático a quien la muerte cogió también muy pronto: “Sabía quedarse en la indignación, sin traspasarla con rumbo a la furia. Amaba la tolerancia y cultivaba la costumbre británica de separarse de los hombres por razones de ética y no de doctrina”<sup>5</sup>.

## **2. EL PLANTEAMIENTO**

Carlos Pareja no escribió un libro orgánico que reflejara, a simple lectura, sus ideas más sustanciales. En realidad escribió muchos capítulos y párrafos de un libro imaginario en los que destellan, aun en su dispersidad, sólidas ideas defendidas con pasión y elegancia.

El corto tiempo de su existencia terrenal, así como la rigidez de su concepto del trabajo intelectual, no le brindaron otra oportunidad<sup>6</sup>.

Nietzsche simpatizaba con el autor que sin proponérselo escribe un libro. En éste, según el filósofo de Zaratustra, las ideas y los afanes discurren juntos, de manera clara, natural, espontánea, sin la presión del libro orgánico y *ad profeso*.

Sus ensayos, artículos de crítica literaria, conferencias dispersas publicadas en revistas como el *Mercurio Peruano* y periódicos como *La Prensa*, del cual fue asiduo colaborador, acompañados de necrologías y elocuentes testimonios personales, se recogen en el tomo I de su denominada *Obra completa*, que sus amigos editaron y financiaron, en 1945, con los corazones turbados por su pérdida. Posteriormente, en 1965, se editó una *Antología*.

El problema medular de su pensamiento y quehacer intelectual radica en la esencia e identidad del Perú, cuyo destino lo ligaba indisolublemente a la Madre Patria. Su amor al país era tan grande como su terca devoción y aprecio por España. Fue, por ello, un profundo, convicto e ilustrado *hispanista*, un modo personal y legítimo de sentir la vibración de la patria.

Defendió con el ardor de sus años mozos y la muerte al acecho, sus irreductibles posiciones frente a los ataques de otros sectores no menos radicales, a quienes se les conocía como *indigenistas*.

Pareja tuvo sin duda altura y lucidez en la afirmación vital del legado hispano en la formación y desarrollo de nuestra nación e identidad, de la peruanidad, y allí radica, fundamentalmente, su importante aporte doctrinario. Sin embargo, su percepción del pasado antes de Colón careció, la mayor parte de las veces —quizás por la coyuntura de combate en la que le tocó actuar y por lo incipiente entonces de las investigaciones arqueológicas del período preinca—, de la visión integral y ecuanimidad del investigador que en él se albergaba.

Sus ensayos debieron acaso sedimentarse por el tamiz de la necesaria confrontación ante los nuevos aportes de las ciencias sociales. Esperaríamos así expectantes un cántico a la realidad mestiza del Perú, de belleza y profundidad similares a la dedicada, con equidad y maestría, a la Madre Patria en su “Invocación al destino gótico de España”. Honestidad y capacidad eran generosas en él. En tal sentido hubiese sido sumamente interesante observar su vuelo en edad madura y en circunstancias personales y coyunturales menos arduas y polémicas.

Muchas de sus contribuciones periodísticas, aún como alumno del colegio de la Recoleta, así como las posteriores como estudiante universitario, tienen el sabor de cierta madurez precoz. Su vocación de joven y hábil periodista de opinión la había demostrado ya en el revelador y antológico reportaje que le hiciera a José de la Riva-Agüero en 1930.

Su poderosa inteligencia y formación humanista, así como la destreza en el idioma que le permite esgrimir la ágil pluma del periodista de ideas, junto con la del fino escritor de poemas y cuentos cortos, lo designaba a tareas más altas, a acciones más profundas, a puestos protagónicos que, desgraciadamente, su prematura muerte truncó.

### **3. EL CONTEXTO: INDIGENISMO EN BOGA**

En la década del 20' e inicios del 30', resurge con vigor una corriente intelectual de revalorización de la imagen del indio y, por ende, de las culturas prehispánicas y de sus diversas manifestaciones culturales y económicas, cuyos ecos se hicieron sentir algunas décadas después.

Inflamada por la retórica oficial del presidente Augusto B. Leguía —que como hábil político había propulsado la creación de los Patronatos de Defensa de la Raza Indígena en los departamentos donde abundaba dicha población y celebraba anualmente con gran pompa el día del Indio, que oficializó finalmente mediante decreto supremo del 23 de mayo de 1930—, este movimiento de origen universitario y provinciano buscaba rescatar al indio y sus diversas manifestaciones culturales, reivindicando en algunos casos sus fueros y derechos de los múltiples atropellos y abusos que se suscitaban en los latifundios andinos.

El movimiento tuvo sus centros principales en Cuzco y Puno. El grupo cuzqueño “Resurgimiento”, formado como respuesta inmediata a dos actos de abuso del gamonalismo, estaba integrado por sectores intelectuales, básicamente de origen universitario, como Luis Valcárcel, Uriel García, Casiano Rado, Luis Felipe Paredes, Luis Felipe Aguilar y Félix Cosío<sup>7</sup>.

Los principales animadores del grupo de Puno “Orkopata”, por ejemplo, fundadores del *Boletín Titikaka* de crítica literaria, eran los poetas y cuentistas Alejandro y Arturo Peralta Miranda, este último más conocido bajo el seudónimo de “Gamaliel Churata” y autor del libro *El pez de oro*, considerado como la biblia del indigenismo.

Esto evidenciaba el carácter intelectual, y aún literario del movimiento indigenista y, por ende, de la polémica a desplegarse. En atención a ello se puede comprenderse que en el enfrentamiento ideológico entre *indigenistas* e *hispanistas* se encuentra el gran debate de la inteligencia nacional sobre la raíz y destino del Perú mismo.

La corriente de revalorización y muchas veces endiosamiento del indio en contra de todo rezago cultural de carácter hispánico no se hallaba conducida, paradójicamente, por los representantes de la supuesta raza olvidada. Sus miembros en su abrumadora mayoría la conformaban blancos o mestizos. No exentos de cierto romanticismo, muchos de sus representantes incurrieron en un racismo bucólico y antioccidental que condenaba en el otro sector lo que ellos mismos predicaban.

Sus adalides más connotados pertenecían a lo que ellos mismos calificarían como miembros natos de la casta blanca o mestiza. En música destaca José María Valle Riestra; en pintura José Sabogal; en el ensayo Uriel García. En el campo de la literatura, la denuncia la había iniciado Clorinda Matto de Turner en su novela *Aves sin nido*, cuya característica especial de documento político-social la remarcó Emilio Gutiérrez de Quintanilla, según apunta Augusto Tamayo<sup>8</sup>. Posteriormente, en el siglo XX, este indigenismo continuó, bajo diversos modos, en escritores como Enrique López Albújar, Ciro Alegría y José María Arguedas, ninguno de ellos indios.

En la crítica social se aprecian, quizá con mayor claridad, los excesos del movimiento. Se comparaba constantemente el ayllu nativo con el MIR soviético y al indio peruano con el *mujik* ruso, con fines coyunturales y meramente políticos<sup>9</sup>. Pretendíase reducir el indigenismo a un simple apéndice de una anunciada revolución comunista mundial, con Lenin a la cabeza. Como apunta Matos Mar: “La influencia de la revolución rusa y su ideología se dejó sentir en el Indigenismo que quedó incorporado al movimiento del proletariado mundial”<sup>10</sup>.

Esta tendencia se aprecia cuando se publica un libro de título elocuente: *Del ayllu al cooperativismo socialista* (1936) de Hildebrando Castro Pozo. En éste se califica de “neogodos” y “neoespiritualistas” a los que entiende como hispanistas, y de “romanceros” a los indigenistas. no obstante que comparte con estos últimos su vena denunciadora y de negación radical de los valores occidentales.

Su planteamiento principal se resume en pretender adaptar el “socialismo científico” de Marx y Engels a los Andes peruanos o, en sus propias palabras, rejuvenecer, a través de los siglos, “el espíritu del señor Carlos Marx en los ayllus”<sup>11</sup>. El

marxismo, expresión sutil de una cultura europeo-occidental, que muchos indigenistas no miraban con buenos ojos, se presentaba, paradójicamente, como un ideario válido para redimir a la supuesta raza olvidada.

Resulta interesante anotar que quien sale al frente de semejantes proposiciones de carácter político y coyuntural es Dora Mayer, espíritu y fuerza de la Asociación Pró- Indígena, institución calificada como romántica y humanista. En su obra *El indígena y su derecho* se opone resueltamente a la vinculación indigenismo y comunismo, explicando su antagonismo esencial<sup>12</sup>

Un amplio sector del indigenismo —visión fragmentaria de la peruanidad— se preocupa de las denuncias contra los abusos y excesos del gamonalismo fundamentalmente serrano, y como una proyección de dicha coyuntura, algunos condenan el legado hispano y occidental como la fuente y el origen del problema; una inmensa llaga de la cual es menester sacudirse. Adopta fácilmente la leyenda negra de la conquista y del virreinato, y juzga con exaltación el pasado incaico, enrostrando este período a los primeros. José Carlos Mariátegui escribe: “... La conquista fue, ante todo, una tremenda carnicería. Los conquistadores españoles, por su escaso número, no podían imponer su dominio sino aterrorizando a la población indígena...”<sup>13</sup>.

Asimismo, el joven Víctor Raúl de la Haya de la Torre escribía por entonces:

“Es el Indio explotado desde México hasta Chile y la Argentina por el hacendado, gamonal o latifundista, por el señor feudal que importó España y sostiene el españolismo económico aún imperante en nuestra América. Los Felipillos cómplices de ese españolismo y socios de la siniestra empresa de succionar a los nativos trabajadores abundan de norte a sur”<sup>14</sup>.

En realidad puede concluirse que no existía problema del indio, sino un problema de los indigenistas; o en palabras de Rafael Larco Herrera, más exacto era afirmar que existían sólo indios, cuya cuestión compleja forma parte integrante de los mayores problemas del país como la pobreza, el subdesarrollo, la mala educación y la falta de integración económica y cultural.

### 3.1. Un indigenista: Luis E. Valcárcel

Incurriendo en evidentes excesos, uno de sus más conspicuos representantes, Luis E. Valcárcel, en aquellos días especula en algunos artículos y estampas andinas, compendiados en *Tempestad en los Andes* (1927) sobre una supuesta nación indígena, sobre un tendencioso comunismo incásico y bolchevique y —*extremis extremis*— aventura vaticinios de enfrentamientos raciales que barrerían Lima y a los blancos.

Esta visión dicotómica, eminentemente literaria, vanamente profética y violentista, y con una concepción idealizada del indio, recoge sustrato en el artículo “El sol de sangre”:

“El vencido alimenta en silencio su odio secular, calcula fríamente el interés compuesto de cinco siglos de crueles agravios. ¿Bastará el millón de víctimas blancas?”

“El Indio es el único trabajador en el Perú desde hace 10,000 años”<sup>15</sup>.

Siguiendo acaso el camino de Manuel González Prada — quien con el ensayo “Nuestros indios”, escrito en 1904<sup>16</sup> inicia una nueva visión del tema, no exenta por cierto de un antihispanismo radical— afirma que la fuerza de la insurrección india no podía detenerse ni siquiera en los límites hispánicos del lenguaje, expresión del opresor. Encuentra así su rebeldía ortográfica:

“Reaprendamos a escribir los nombres adulterados, las toponimias corrompidas Kosco y no Cuzco, Wiracocha y no Viracocha, Paukartampu y no Paucartambo, Kochapampa y no Cochabamba, Kawiti y no Cahuide, Atau Wallpa y no Atahuallpa, Kunturi y no Condori, Kespe y no Quispe, mitmajkuna y no mitimaes, yunkas y no yungas. Limpiemos el Keswa de escrecencias hispánicas, purifiquemos la lengua de nuestros padres inmarchesibles los hijos del sol: que brille su áurea, pulida armazón, recubierta por cinco siglos de mugre esclavista”<sup>17</sup>.

Ante esta insubordinación lingüística y pretendidamente nacionalista, Luis Alberto Sánchez apunta agudamente que el abolengo hispánico de Valcárcel se revela en su prosa orquestada a la española y su cultura es, a pesar de él mismo, netamente peninsular:

“... Nada ganamos reemplazando el 'gua' español con 'law', que no es peruana, sino sajona. Tampoco ganamos mucho con sustituir la 'c'



fuerte por una 'k'. que tampoco es peruana, sino germana. Pasar de Madrid a Berlín y Londres, no nos da el derrotero del autoctonismo. Prosódicamente nos quedamos en las mismas. Gráficamente, erizamos de postes los renglones. El queshua lo que requiere es uniformar la grafía y la prosodia”<sup>18</sup>

Siguiendo acaso también al autor de *Horas de lucha*, quien condenaba a los chinos o culíes, el indigenismo de Valcárcel por entonces, mostraba un prurito racista y hostil no sólo con el blanco. Al mestizo le cabían también sus más duros anatemas:

“Nace del vientre de América un nuevo ser híbrido: no hereda las virtudes ancestrales sino los vicios y las taras. El mestizaje de las culturas no produce sino deformidades”<sup>19</sup>.

“Todas las aspiraciones del mestizo se reducen a procurar dinero para pagar su dispomanía”<sup>20</sup>.

“La atmósfera de los poblados mestizos es idéntica. Alcohol, mala fe, parasitismo, ocio, brutalidad primitiva”<sup>21</sup>.

“El Indio lo hizo todo, mientras holgaba el mestizo y el blanco entregábase a los placeres”<sup>22</sup>.

#### **4. HISPANISMO EN TRIUNFO**

La visión apocalíptica y racista de cierto sector radical del indigenismo constituía la más pura antítesis y negación de lo medular del pensamiento de Carlos Pareja; y también de la de la patria. No dudó, pues, un solo instante, en enfrentarla con las únicas armas de su inteligencia y la fuerza de su convicción. Esta coyuntura de combate explica quizás la energía que desborda en algunos de sus trabajos, polémicos, seguros, incontestables.

Su ensayo más representativo “Invocación al destino gótico de España” es, en puridad, una armoniosa mixtura de cántico y análisis breve de la grandeza de su idolatrada España, a través de sus portentos y genios como Ruy Díaz de Vivar, don Quijote, Ignacio de Loyola, Felipe II y Pizarro. Por la fina urdimbre y épico tema constituye, con toda equidad, una singular pieza de antología de la posición hispanista<sup>23</sup>.

En este trabajo Pareja se constriñe al no encontrar en la ciudad capital estatuas, bronceos o avenidas con los nombres de los reyes católicos Fernando e Isabel, que rigieron nuestros destinos más tiempo que incas y presidentes. Pareciera, por un momento, reconocer la evolución de la historia nacional como un mero reflejo de la historia de la Península.

Su vocación reconciliadora entre lo peruano y lo español impúlsale a identificarse plenamente con el cazarro y fidelísimo virrey Fernando de Abascal, marqués de la Concordia, quien a finales del virreinato realizó inteligentes esfuerzos para congraciarse a los criollos con los españoles y evitar la marea revolucionaria que devoraba la América del Sur. Sin embargo, recordemos que este virrey hizo del Perú el centro de la reacción realista que logró derrotar, por separado y en el territorio de cada uno, a los soldados patriotas de Chile, de Quito y de Buenos Aires, respectivamente.

Con un estilo elocuente y severo Carlos Pareja se empeña en la terrible e imposible tarea —similar acaso a la del Quijote que ve gigantes donde molinos sólo hay— de tratar de negar el mestizaje cultural y espiritual del hombre peruano: “Somos españoles cuyos padres perdieron el barco de regreso a la península. Y eso es el Perú: una cultura ajena que se quedó, una añoranza creadora”<sup>24</sup>

En su conferencia “La influencia española en América” (1941) define diáfanoamente su concepto de hispanismo: “Es esa masa de valores perpetuos, ese cúmulo allegado por el tiempo, esa cultura única en Europa lo que defendemos al defender España”<sup>25</sup>.

Su conferencia “Sobre el descubrimiento de América” le permite trazar, con su vitalidad y contundencia afirmativa, sus planteamientos sobre el origen de nuestra cultura:

“El 12 de octubre de 1492 comienza la Historia de América. El movimiento humano habido anteriormente en su extensión desconocida no tiene valor universal y para nosotros equivale a aquella vida incierta y tosca del niño antes de nacer, mero precedente orgánico de un destino espiritual”<sup>26</sup>.

Continuando en esa línea de negación de los valores telúricos y espirituales de la tierra americana afirma:

“En esas condiciones no se produjo, ni podía producirse como rutinariamente se dice, un duelo o fusión de dos culturas. Poseyendo cultura uno solo de los protagonistas no podía haber y no hubo sino recepción dócil o indócil de los valores cristianos y europeos, asimilación tardía o pronta del óptimo Don ultramarino”<sup>27</sup>.

No obstante sus radicales tesis, en esta conferencia tiene destellos positivos acerca del inmenso y verdadero aporte cultural de España, trazados en uno de sus párrafos más bellos y profundos:

“Los Romanos en Europa cumplieron en buena parte la misión de España en América, con la diferencia de que nosotros a causa del catolicismo español, no necesitamos del complemento de una segunda penetración cristiana porque aquí la cultura y la fe vinieron en las mismas naves. Los españoles hicieron en el Perú lo que hicieron en España los romanos y los visigodos...”

Elaborando un paralelo histórico, afirma que en la Europa prerromana hubo tenaces opositores al dominio del águila imperial y surgieron en esta lucha de resistencia grandes héroes como Púnico, Cesaro y, como ninguno, el pastor Viriato.

“...cumplían el hermoso deber de defender sus libertades y comarcas y suscitan hoy la simpatía que acompaña a los bravos y a los patriotas. Pero a nadie en España se le ocurre, en nombre de las tribus aborígenes sometidas por los romanos, vituperar la llegada bienhechora de la latina sombra en la que iba a crecer un Séneca y un Trajano, y de la que iba a emerger el macizo dorado de su idioma, y nadie presenta a Viriato como un emblema de la verdadera civilización desposeída, como suele hacerse con el quiteño Atahualpa entre nosotros”<sup>28</sup>.

Su hispanismo puro, recalcitrante, a machacamartillo, quizás un tanto anacrónico, se fundía, con matices singularísimos, y como no podía ser de otra forma en un convencido apóstol y caballero, en su sincera y franca fe católica, en la cual prima el respeto al hombre por encima de sus ideas. En tal línea colaboró en la constitución del centro de formación y difusión católica FIDES que patrocinaba las ideas sociales de la Iglesia Católica, a las cuales se adhería<sup>29</sup>.

Muchas de sus mejores páginas las consagró a la defensa de la Iglesia y de los altísimos valores del Cristianismo. Su tesis de bachiller: “Historia del Concordato inexistente entre el Perú y la Santa Sede”, esboza, a decir de Víctor Andrés Belaunde,

una hermosa conjunción de patria y religión. Desde su posición combatiente, en permanente estado de guerra contra el error ( y seguramente desde el error mismo), califica benévolutamente de “indianófilo” a José de la Riva- Agüero, quien, sobre todo en su segunda etapa, fustigó con erudición los excesos demagógicos de los indigenistas y en pasajes magistrales concibe el Perú integral y verdadero como una síntesis de dos legados vitales, el castellano y el incaico.<sup>30</sup>

### *A MANERA DE COLOFÓN*

En la arquitectura de su pensamiento es relevante su singular lucidez y elegancia en la afirmación y defensa integral de los indiscutibles valores hispánicos en la formación y desarrollo cultural del Perú, que algunos indigenistas pretendían vanamente opacar, cuando no negar. Preocupado e imbuido en preservar la magnificencia de un legado fundamental para la constitución de la patria, quizás no alcanzó a sopesar en toda su magnitud el encanto telúrico de la tierra y la cultura en América antes de la llegada de Colon y sus carabelas.

Las tesis de Carlos Pareja, en relación a su concepción del pasado precolombino, quizás hoy al cabo de más de media centuria de grandes avances y nuevas investigaciones, podríanse juzgar polémicas y quizás antihistóricas<sup>31</sup>, al igual que la mayoría de las posiciones radicales y unilaterales de los indigenistas que combatió en el plano intelectual.

Sus ideas, cuando menos el tono y vigor desplegados en la defensa cabal de ellas, no pueden explicarse sin el fragor de la contienda ideológica con los indigenistas, así como la circunstancia personal de sentir la muerte al acecho, siendo aún muy joven.

Estuvo brillante y lúcido cuando afirma la nacionalidad peruana en indiscutibles fuentes hispánicas y occidentales; sin embargo lo mismo quizás no se pueda decir cuando en un exceso de celo y en el calor del combate intelectual pretendía negar los valores ancestrales y prehispánicos de nuestra identidad, básicos en la formación de la peruanidad integral. Ante todo, su breve existencia de veintinueve años discurrió siempre con altura, versación, respeto y en franca lealtad con su fe y con sus ideas. □

## Notas

" A Pedro Planas, quien auspicio y promovió este trabajo en el seminario "Jóvenes del siglo XX" realizado en la Universidad Católica, en 1992, que trataba sobre jóvenes intelectuales que murieron a corta edad como Carlos Pareja Paz Soldán, Jorge Guillermo Leguía, César Antonio Ugarte y Jorge Vinatea. Cosas del destino que los dos destacados organizadores del fórum murieron también muy jóvenes. Sergio Ferreyros a los 29 y Pedro Planas a los 39.

- 1 Pareja Paz Soldán, Carlos. Antología. Lima: Ed. Universitaria, 1965, p. 158.
- 2 *Ibíd.*, p. 80.
- 3 *Ibíd.*, p. 8, artículo de José Jiménez Borja.
- 4 Belaunde, Víctor Andrés. Memorias completas. Tomo II. Lima: Ediventas, p. 1003
- 5 Pareja Paz Soldán, Carlos. Obra completa. Tomo I. Lima, Talleres La Prensa, 1945, p. 337
- 6 En su artículo "La conferencia de VA Belaunde sobre Cristo", p. 169 de Antología, justifica los trabajos intelectuales exageradamente preparados y justga a los que escriben con levedad de documentación y prisa en el análisis.
- 7 Valcárcel, Luis. Memorias. Lima: IEP, 1981, p. 245.
- 8 Tímayo, Augusto. Apuntes para un estudio de la literatura peruana. Lima, 1947, p. 238
- 9 García Calderón, Francisco en su El Perú contemporáneo (1907) había efectuado un paralelo pero ausente de motivación y equivalencia política con el bolchevismo (p. 19, Trod 1986)  
Belaunde, Víctor Andrés en una conferencia, en 1923, recogida en el tomo I de sus Obras completas, (p.200), reconoce ciertas similitudes, pero justga el paralelo relevando el comunismo prehispánico.
- 10 Matos Mar, José. El indio y el poder. Lima: IEP.
- 11 Castro Pozo, Hildebrando. Del ayllu al cooperativismo socialista. Lima, Ed. PEISA, 1973, p. 170.
- 12 Mayer, Dora. El indígena y su derecho. Citado por E. Tord. El indio en los ensayistas peruanos 1848-1948. Lima: Ed. Unidas, 1978, p. 81
- 13 Mariátegui, José Carlos. Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana. Tomo 2. Obras completas. Lima, Ed. Amauta, p. 144
- 14 Haya de la Torre, Víctor Raúl. Obras completas. Tomo I Teoría y táctica del aprismo. Lima Ed. Mejía Baca, p. 185.
- 15 Valcárcel, Luis. Tempestad en los Andes. Lima: Editorial Universo, 1975, p. 24.

16 *González Prada, Manuel. Horas de lucha. Lima. Ed. PEISA, 1975. p. 219.*

17 *Valcárcel, Luis. Ibíd., p. 99.*

18 *Sánchez, Luis Alberto. Colofón a Tempestad., p.175.*

19 *Valcárcel, Luis. Ibíd., p. 107.*

20 *Ibíd., p. 39.*

21 *Ibíd., p. 40.*

22 *Ibíd., p. 107.*

23 *Pareja Paz-Soldán, Carlos. Obra completa. p. 1.*

24 *Pareja Paz-Soldán, Carlos. Antología, p. 55.*

25 *Ibíd., p. 77.*

26 *Ibíd., p. 58.*

27 *Ibíd., p. 59.*

28 *Ibíd., p. 69.*

29 *Planas, Pedro. Biografía del Movimiento Social-Cristiano en el Perú (1926-1956). Lima, 1996, p. 93.*

30 *RivaAgüero, José de la. Obras completas. Lima. Instituto Riva-Agüero-Pontificia Universidad Católica del Perú, 1966. Tomo V, p. 413.*

31 *Ci. Andújar, Jorge. "Cincuentenario de Carlos Pareja Paz-Soldán" El Comercio. Lima, 16 de mayo de 1993.*